

## DE BORBORIGMOS, DE ALGOR(R)ITMOS, de poetas y DE ANÉCDOTAS

Nos quejábamos de que ya no sabemos dónde viven o desempeñan sus funciones los jefes y de que la patronal se esconde difusa tras los entramados financieros y digitales. Por decirlo de otra manera: que el modelo de acción directa se nos hace cada vez más complejo porque a menudo no acertamos a saber contra quién, gracias a algunos jueces -pregúnteles a las de la Suiza- y de qué manera -averigüe usted el algoritmo que decide cómo trabajamos, CUÁNDO y CUÁNTO producimos y qué producimos, si es que producimos algo más que miseria-. Sin embargo, sucede a veces que el jefe que firmó tu despido cuando estrenaba su despacho y su flamante sueldo -superior a cien mil euros brutos anuales- “da la cara (dura)” cada lunes en una columnita de la contraportada del periódico El País. Sabes que allí está y aunque tú los lunes te dispones a emprender la jornada laboral con ánimo y alegría -la justa para no sucumbir ante las tareas que te competen- no puedes evitar cabrearte -y que las tripas te hagan ruidos, dícese, borborismos; que la rabia te grite como te grita el hambre tras duras jornadas laborales- al descubrirlo con sus letras buenistas y sus reflexiones tibias. Y te dices que hoy no, que hoy no te amargará el café. Pero aun decidiendo obviarlo por la mañana para evitar que empañe esa jornada laboral, antes de acostarte lees lo que ha escrito -y cobrado- para seguir comprobando que la necesidad y la hipocresía pueden crecer ilimitadamente.

Abundan entre sus líneas las llamadas al orden disfrazadas de progresía. Adorna con boato la cotidianeidad más irrelevante e insignificante. Pretende ser poético sin alcanzarlo abordando el *croissant* matinal que engulle o el trino del pájaro que nunca acierta a descifrar, el semáforo en rojo o la suela desgastada de zapato. Se muestra nostálgico a menudo: viudo de una escritora que no deja de publicar ni muerta, ¿cuándo descansará?, padre de una falangista, ¿criaste cuervos? ¿te sacarán los ojos? En una ocasión pidió que se perdonaran no sé qué arbitrariedades manifestadas por su homólogo del Vaticano: la edad justifica, en su opinión, la irracionalidad y el despropósito. Añadía no recuerdo qué afirmaciones respecto a la autoridad de los viejos respetables y yo pensaba que probablemente prepara un camino que desea para sí mismo, y punto.

Sólo un lunes me hizo dudar acerca de la autoría de la columna -ya se sabe que en su lugar de trabajo son muchas las personas que escriben sin firmar en beneficio de otras que hablan y publican sin escribir- por el contenido de la misma. Rememoraba una anécdota distinguida cuyo protagonista era el poeta Ángel González. Refería que observaron los cercanos que una mañana se disponía a arreglar y adecentar su domicilio, y coincidía que

justo ese día iría una mujer a limpiar el apartamento. Con sorpresa quienes habían organizado la contratación de este servicio -entre quienes se encontraba el firmante- le advirtieron de la poca utilidad de sus actos, ante lo que el poeta declaró que justamente por eso, porque venía ella él quería anticiparse para aliviar así las tareas... Ese lunes no me amargó el café: emprendí mi jornada laboral recordando algunos versos del poeta cantados por Pedro Guerra, del otro, del que se anticipa, del que limpia antes de que vengan a limpiar. Y es que también es poeta el firmante de la columna: todos poetas, porque no esperábamos menos teniendo en cuenta que hasta el ministro de transportes se pone poético cuando se le interpela con motivo de los retrasos de los trenes en el país y el tremendo desbarajuste que hay montado: males de juventud, y males de la vejez, ya se sabe, todo son males, y todos son poetas.

*“El bandoneón recorre*

*estremecidamente*

*escotes y columnas vertebrales.*

*Aprisionado por guitarras de amplio radio,*

*por profundas y agónicas guitarras,*

*el bandoneón estira*

*su indolencia y su ronca*

*sonoridad marina trasplantada (...)*”

*Tango de madrugada*



“(...) Se trata de un poeta correcto, blando, uno de los capiteles de la poesía de experiencia. La poesía de la experiencia tiene que ser blanda por definición histórica, ya que la experiencia (la “empeiria”) por ejemplo, la destañida experiencia del amor, (tú me llamas, amor, yo cojo un taxi) es un asunto filosófico de primera magnitud y un hueso muy duro de roer conceptualmente y aún más duro económicamente. Antes de hablar de las subvenciones milmillonarias, como ha tenido siempre el Partido Comunista, hablemos de las subvenciones millonarias. (...) El gusto de todo comunista de pro es llegar él mismo a millonario. Entonces, cuando llega a ser millonario le nombraremos académico de la lengua y que nos financie el mismo la lengua. (...) Los comunistas rojos burócratas que yo conocía ahora se han vuelto rosas, porque el comunismo no es una moda fiable. Lo único fiable ahora es que te financie el capital privado, que siempre ha sido más discreto, ahorrador y providente que el capital público. Lo que necesita Luis García Montero a todo trance es un empleo más tranquilo aún y menos significativo que el que ya tiene, y un mecenas. (...) Luis García Montero es un

poeta menor, agradablemente menor, pero faltón; chiquito pero faltón.” (Extraído de un artículo firmado por Álvaro Pombo -miembro de la RAE y Premio Cervantes-, y publicado en la prensa local el pasado doce de octubre bajo el título “El imaginario cutre de un poeta de la experiencia” con motivo de trifulcas dialécticas entre directores que viven de las múltiples financiaciones de la lengua, y que probablemente solo aspiren a que sean financiados sus propias lenguas y los manjares que desean saborear sus papilas gustativas, sus propios estómagos y borborismos, que las lenguas propiamente dichas solo piden estar vivas y ser escuchadas y leídas, y no precisan ni de hoteles, ni de trajes, ni de chóferes, ni de cuentas bancarias, ni de aeropuertos). ¡Ay, lenguas viperinas, lenguas bífidas, lenguas inundadas de aftas, lenguas cancerberas de halitosis, malas lenguas, lenguas agoreras, lenguas de trapo y con muchos pelos! ¡Ay, lenguas que lamen, sin punta, pero con muchas esquinas! ¡Lenguas purulentas, lenguas rápidas!

Trifulcas dialécticas que no llegan a mayores: estos señores cobran por cada palabra que dicen, por cada signo de admiración, por cada interrogante que no se plantean; cobran por cada pasito que dan, aunque sea para acercarse al inodoro a echar una meada.

Es entonces, con motivo de la lectura de la anécdota del servicio doméstico y dándole vueltas a la cantidad de gente que opta por contratar a mujeres que les quiten el polvo en sus casas, les recojan los calcetines sucios, les limpien los inodoros, y les cambien las sábanas de sus camas, cuando se me ocurre que un día sí, que se va a atrever a contar los secretos de la institución que dirige, el misterio de su rentabilidad, si existiera. Que sí, que va a chasquear la lengua y que lo va a abordar con ritmo y sin algoritmos.

Me pregunto si un día contará con detalle acerca de las subcontrataciones desleales de servicios y de las prebendas de que gozan algunas personas que le jalean; de la inutilidad e ineficacia de muchos miembros de su corte; de tantas tropeñas, que eutrapelias aparte, costeamos en beneficio de una lengua que solo en su boca está contenta, satisfecha y bien nutrida.

Pero lunes tras lunes -unas veces, más optimista, por la mañana y otras veces, con rabia por no saber evitarlo, por la noche- me asomo a esa columna de la contraportada y en ella nada interesante cuenta... Se distrae con el mes de septiembre, mencionando de soslayo el de agosto: “(...) Pero es todo un riesgo que la boca se nos llene de palabras hermosas, el buen tiempo se convierta en un laberinto de doctrinas y el calor se vuelva quemazón, las vacaciones colapso de turistas y la

libertad de las carreteras en un interminable atasco (...)" . (El País, septiembre 2024)

Me pregunto a cuánto le pagan cada letra, cada coma, cada diéresis... y qué algoritmos usa para decidir qué palabra es hermosa, qué libertad le resulta apetecida, y qué libertades considera imprescindibles para las demás personas.

- “(…)
- Qué quieto estás, rapsoda.
  - Es que antes de dormir hago abdominales, flexiones y estiramientos con la imaginación, para calentar las articulaciones y los músculos de la fantasía. No quiero tener sueños con mialgias de esfuerzo.
  - ¿Qué es una mialgia?
  - Es lo que pasa cuando comemos más galletas de la cuenta y nos duele la tripa, pero en las rodillas.
  - ¿En las rodillas?
  - Es como cuando te estiras para chutar a puerta y meter dos goles de una tacada.”

Y sí, a este poeta menor y faltón le duele la tripa por comer tantas galletas y en los más de setenta centros que dirige de manera diferida quiere meter no ya dos, sino tres goles de una tacada. ¿Cuestan/valen todas y cada una de las horas de clase de castellano impartidas en los centros del Instituto Cervantes lo mismo? ¿Cómo se selecciona a quienes dirigen los centros repartidos por el mundo? Pero de todo ello nada cuenta en sus columnas de los lunes: no vaya a ser que lo acusen de divulgar secretos profesionales o de exceder los límites recomendables de la subversión.

“Mi padre señaló al poeta que se sorbía la nariz y cuyas prendas no estaban patrocinadas y preguntó si ese ejemplar era subversivo, que es el rasgo más temido en los poetas, el equivalente a la agresividad en los perros.

El dependiente contestó:

- Está por debajo del dos por ciento. Siempre conviene que sean un poco subversivos; de lo contrario, la calidad poética baja demasiado y no generan beneficios, nadie los compra, acaban siendo reemplazados por bailarines o hámsteres.
- ¿Qué come?
- De todo. No son muy tiquismiquis. Con frecuencia tres o cuatro veces por semana, llegan incluso a olvidarse de comer. Los hay que dejan la comida a medias y se levantan para deambular sin rumbo fijo. Coincide a menudo con la puesta de sol, la luz de luna o la niebla, es una conducta típica. No se extrañen si los ven inmóviles mucho rato, como si estuvieran echando cuentas. No es el caso, son incapaces de hacer la más elemental de las sumas. Esas pausas son precisamente los instantes en que empiezan a crear poemas en su mente. Es un proceso fascinante. No se

arrepentirán de comprar un poeta. Y son mucho más limpios que los artistas.

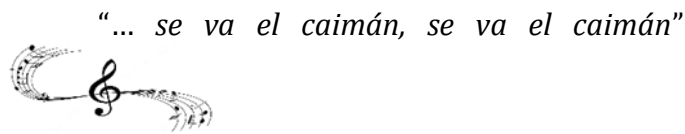
- Eso tenía entendido.
- ¿Hay algo más que debamos saber sobre el cuidado de uno de estos ejemplares? – pregunté yo.
- Para tenerlo entretenido, cómprele libretas con hojas en blanco y bolígrafos. También puede adquirir algunos libros. Los tenemos de distintas marcas.”

Ambos extractos están tomados de la sugerente obra Vamos a comprar un poeta, escrita por Afonso Cruz y editada por Libros del Asteroide en mayo de 2025.

Al poeta que escribe la columna de los lunes no lo compraron en el mismo establecimiento: no le hemos visto ni oído sorberse la nariz en público, come todos los días, sabe mucho de sumas y restas, y subversivo, lo que se dice subversivo, es poco. No alcanza las cuotas mínimas y podría ser fácilmente sustituido por un bailarín o un hámster.

No perderé la esperanza: cualquier lunes nos volverá a sorprender con alguna otra anécdota personal o, quizás, con alguna anécdota de todo el personal que religiosamente le asiste, aclama y viste. Quizás algún lunes nos cuente chascarrillos de los secuaces que difunden la cultura española por el ancho y vasto mundo, de lo que cuestan al erario público cuando se desplazan, actúan, duermen, beben y comen sin medida y sin escrúpulos, pero, religiosa y escrupulosamente. Quizás algún lunes nos sorprenda con anecdotarios ricos en verdades dolorosas entre las que abunden los trapicheos de las elecciones de personal digitales, por estar hechas a dedo, tecnologías y eutrapelias aparte, como digo.

Y llega un lunes en que no encuentro su columna de marras. ¡Ah, que se fue para Arequipa! Que se lo prometió al Vargas Llosa, la celebración de un congreso y bla, bla, bla y nobleza obliga. Se fue para Arequipa y a falta de columna lo tuvimos a todo color en fotos inundando toda la prensa. Lástima que no se lo prometiera al colombiano, y no se fuera a Barranquilla.



Así que a falta de anécdotas firmadas por él me dispongo a contar yo una que le compete por proximidad. Corría el mes de febrero del dos mil doce, y con motivo de una traducción al árabe de algunos de sus versos se acercó a Tetuán a dictar conferencia. Le acompañaba la Grande que se sentó discreta entre el público asistente. El azar me llevó a ocupar una silla a sus espaldas. Mi presencia allí era algo ambigua: trabajo y ocio. La de ellos no: ocio remunerado a precio de trabajo. Me aburría soberanamente lo que acontecía en la sala: adulación, lisonjas y mojigatería. Ningún atisbo de

los mínimos requeridos en términos de subversión exigible a un poeta que se precie.

Por aquel entonces organizaba en mis ratos ociosos unos encuentros abiertos que se celebraban en una iglesia -reminiscencia bruta del Protectorado- hoy desacralizada y ubicada en la costa. Es un espacio cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros y alberga actividades de lo más variopinto que abarcan lo social, lo cultural y lo educativo. El centro lleva por nombre Lerchundi en homenaje al franciscano guipuzcoano que por allí anduvo en el siglo XIX. Ya se sabe que a menudo la labor evangelizadora suele preceder a la comercial e imperialista. Aquellos encuentros semanales giraban en torno a la teoría feminista; leíamos textos y debatíamos. El proyecto llevaba por nombre “Lecturas compartidas para comprender el mundo”. Lo pasábamos muy bien, y aprendimos mucho; sobre todo, a escucharnos y a cambiar el punto de vista o a quitarnos “los turbantes de las certezas”.

Hastada como estaba en la conferencia que dictaba el poeta, el de la columna de los lunes, y a falta de tareas -encendido de luces, acomodo de asistentes, aproximación de vaso de agua, ajuste de micrófonos y demás-, me distraje imaginando una invitación: ofrecerle a la Grande que nos acompañara en el siguiente encuentro de esos que yo coordinaba a mi manera, menos ortodoxos, sin micrófonos, sin vasos de agua y servilletas, sin butacas, sin fotografías ni videgrabaciones pero con mucho gusto, salero y risas. No sé por qué, se me ocurrió aquello. No sé por qué pensé que a algunas de las asiduas a nuestros encuentros semanales les pudiera interesar conocer a una escritora muy estimada en el panorama literario como referente femenino de magnitud. Así que pergeñé un elogio para interpellarle tal y como había aprendido en un cursito de comunicación, ya que aseguran que prepara el camino para el logro, del tipo de “Me encantó tu Atlas de geografía humana, y sé que te quedas hasta el domingo así que si el sábado por la tarde pudieras venir a...” Y la Grande me respondió, discreta como estaba sentada entre el público, “es que he venido a acompañarle a él, y no quiero restarle protagonismo” -léase, abnegación matrimonial-.

Aquel sábado de febrero del dos mil doce examinamos y debatimos con deleite y fruición un texto de la gran Wassyla Tamzali (Argelia, 1941). No sabe la Grande lo que se perdió.

A mí, con aquella declinación se me quitaron las ganas de andar mendigando bondad a famosos. A mí, con aquel lunes en el que por estar en todas las páginas de la prensa su fotografía -que lo mostraba abrumado presidiendo congresos y diatribas dialécticas pertrechados con abultados presupuestos en bambalinas- no escribió columna, se me quitaron las ganas de leer sus letras.

Inma Lalengua

Sede: Calle Correría, número 65, bajo  
01001 – Vitoria Gasteiz  
Dirección postal: Apartado de correos 1554  
01001 – Vitoria Gasteiz  
Horario: martes y viernes de 19.00 a 21.00; y,  
miércoles de 10.00 a 12.00 horas  
Teléfonos: 945 28 29 74 y 688 86 13 64



Direcciones de correo electrónico:  
cntgasteiz@gmail.com / vitoria@cnt.es  
Redes virtuales:  
<https://vitoria.cnt.es/>  
<https://x.com/CNTVitoria>  
<https://es-es.facebook.com/CNTVitoriaGasteizCNT/>  
<https://www.instagram.com/cntgasteiz/>